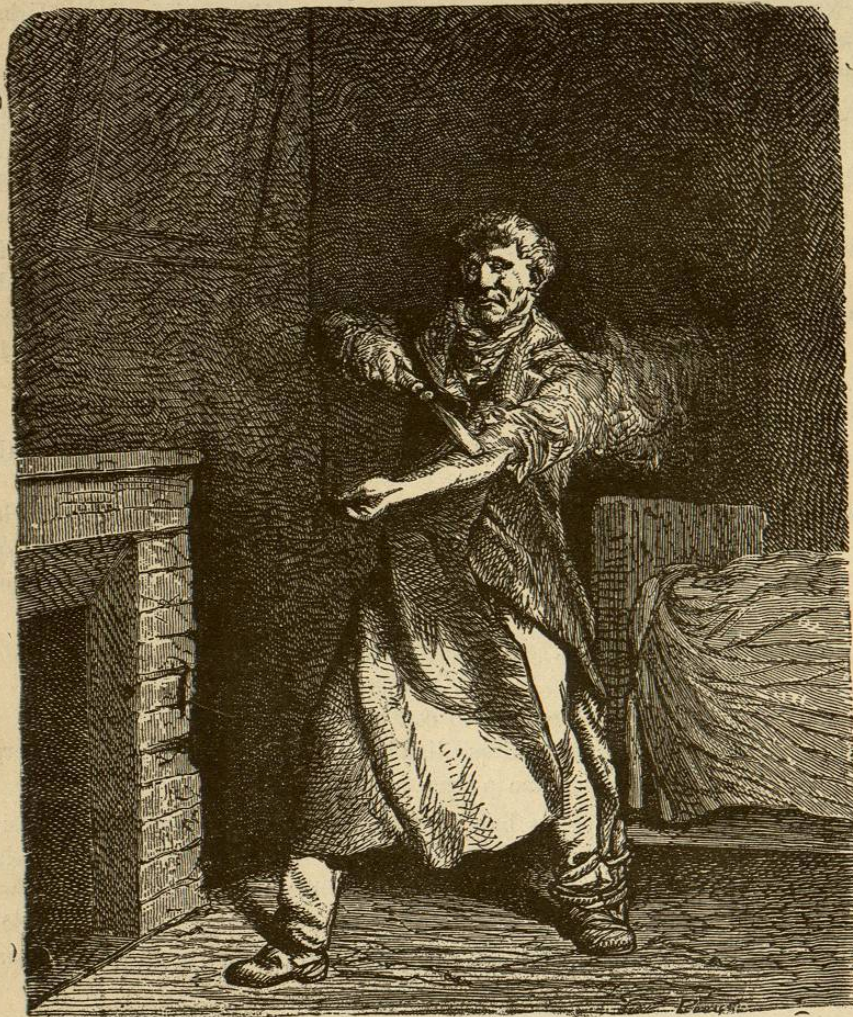


para serrar un sueldo en dos hojas delgadas, de ahuecar estas sin tocar el grabado monetario, practicando una muesca ó rosca sobre el corte de la moneda, de modo que las dos hojas se puedan adherir de nuevo. Así se juntan ó separan á voluntad, formando una caja. En esa caja se guarda fácilmente un muelle de reloj, y este muelle, bien manejado, corta los grillos y las barras de hierro. Se cree que el infeliz presidiario no tiene más que un sueldo, cuando posee con ello su libertad. Una



moneda de esta clase fué la que halló la policía en sus pesquisas ulteriores, abierta y en dos mitades, debajo de la cama, cerca de la ventana. Se descubrió igualmente una sierrecilla de acero pavonado, que podía ocultarse muy bien en dicha moneda.

Es probable que en el momento que los bandidos registraron al prisionero, llevase consigo esta moneda, la que conseguiría esconder entre los dedos, y que teniendo en seguida la mano libre, la abrió y se sirvió de la sierra para cortar las cuerdas que le ataban, lo cual explicaría el ligero ruido y los movimientos imperceptibles que Mario había observado.

No habiendo podido bajarse por temor de ser descubierto, no había cortado las ligaduras de su pierna izquierda.

Los bandidos habían vuelto de su primera sorpresa.

—No tengas cuidado,—dijo el Colmenero á Thénardier.—Está todavía sujeto por una pierna, y no se irá. Yo te respondo de ello, pues he sido yo quien le he atado la pata.

Sin embargo, el prisionero levantó la voz:

—¡Sois unos miserables: pero mi vida no vale la pena de defenderla tanto! Eu cuanto á imaginaros que me haréis hablar, que me haréis escribir lo que yo no quiera escribir, que me haréis decir lo que yo no quiera decir.

Y levantando la manga del brazo izquierdo, añadió:

—Mirad.

Al mismo tiempo alargó el brazo, y puso sobre la carne desnuda, el escoplo enrojecido que tenía en la mano derecha, cogido por el mango de madera.

Oyóse el chirrido de la carne quemada, esparciéndose por el desván el olor propio de las cámaras de tortura.

Mario vaciló sobrecogido de horror; los bandidos mismos se estremecieron; el rostro del enigmático anciano apenas se contrajo; y en tanto que el hierro enrojecido penetraba en la humeante herida, impasible él y casi augusto, fijaba en Thénardier su tranquila mirada sin odio, en la que se desvanecía el dolor bajo una majestad serena.

En las naturalezas grandes y elevadas, la rebelión de la carne y los sentidos en lucha con el dolor físico, obligan á salir al alma y la hacen aparecer en la frente, como las rebeliones de la soldadesca obligan á aparecer al capitán.

¡Miserables!—dijo.—No tengáis más miedo de mí que el que yo tengo de vosotros.

Y arrancando el hierro de la herida, lo arrojó por la ventana, que había quedado abierta; el horrible instrumento abrasado desapareció girando en la obscuridad, cayendo á lo lejos, y yendo á apagarse en la nieve.

El prisionero añadió:

—Haced de mí lo que queráis.

Estaba ya desarmado.

—¡Sujetadle!—gritó Thénardier.

Dos bandidos le echaron mano á los hombros, y el enmascarado, con voz de ventrílocuo, se colocó en frente de él pronto á hundirle el cráneo de un llavazo al menor movimiento.

Al mismo tiempo oyó Mario por lo bajo, al pie del tabique, pero de tal modo que no podía ver á los que hablaban, este coloquio sostenido en voz baja:

—No hay más que una cosa que hacer.

—Abrirle en canal.

—Eso.

Eran el marido y la mujer, celebrando consejo.

Thénardier marchó lentamente hacia la mesa, abrió el cajón y cogió el cuchillo.

Mario estaba dando tormento á la culata de la pistola. ¡Perplejidad inaudita! Hacía una hora que se elevaban dos voces en su conciencia; la una le de-

cía que respetase el testamento de su padre, la otra le gritaba que socorriese al prisionero. Aquellas dos voces continuaban sin interrupción su lucha, poniéndole á él en la agonía. Había esperado vagamente hasta aquel momento el hallar un medio de conciliar los dos deberes; pero nada posible había surgido.

Entre tanto, el peligro apremiaba; había ya traspasado el último límite de la espera; á pocos pasos del prisionero, Thénardier cavilaba con el cuchillo en la mano.

Mario, alocado, paseaba sus miradas en torno suyo, último y 'maquinal recurso de la desesperación.

De repente se estremeció.

A sus pies, sobre la cómoda, un clarísimo rayo de la luna iluminaba como para demostrarle una hoja de papel. En aquella hoja leyó esta línea escrita en grandes caracteres aquella misma mañana por la hija mayor de Thénardier:

—“Los corchetes están ahí”.

Una idea, una luz cruzó por la imaginación de Mario; era el medio que buscaba, la solución de aquel horrible problema que le torturaba: librar al asesino y salvar á la víctima.

Se arrodilló sobre la cómoda, alargó el brazo, cogió el papel, acercó suavemente un yesón del tabique, lo envolvió en el papel, y arrojó el todo por el agujero en medio del desván.

Ya era tiempo.

Thénardier había vencido sus últimos escrúpulos ó sus últimos temores, y se dirigía hacia el prisionero.

—¡Algo han tirado!—gritó su mujer.

—¿Qué es?—preguntó él.

La mujer se había abalanzado y recogido el yeso envuelto en el papel, entregándosele á su marido.

—¿Por dónde ha venido ecto?—preguntó Thénardier.

—¡Pardiez!—prorrumpió ella.—¿Por dónde quieres que haya entrado? Por la ventana.

—Yo lo he visto pasar,—dijo el Colmenero.

Thénardier desenvolvió rápidamente el papel, y se acercó á la luz.

—Es la letra de Eponina. ¡Diablo!

Hizo una seña á su mujer, que se acercó vivamente, y le enseñó lo escrito en el papel, añadiendo luego con voz sorda:

—¡Pronto! ¡La escala! Dejemos el tocino en la ratonera, y cedamos el campo.

—¿Sin degollar al hombre?—objetó la Thénardier.

—No hay tiempo.

—¿Por dónde?—preguntó el Colmenero.

—Por la ventana,—respondió Thénardier.—Puesto que Eponina ha tirado la piedra por la ventana, es señal de que la casa no está cercada por este lado.

El enmascarado de voz de ventrílocuo dejó en el suelo su llave, levantó los dos brazos, y abrió y cerró tres veces rápidamente las manos, sin decir una palabra.

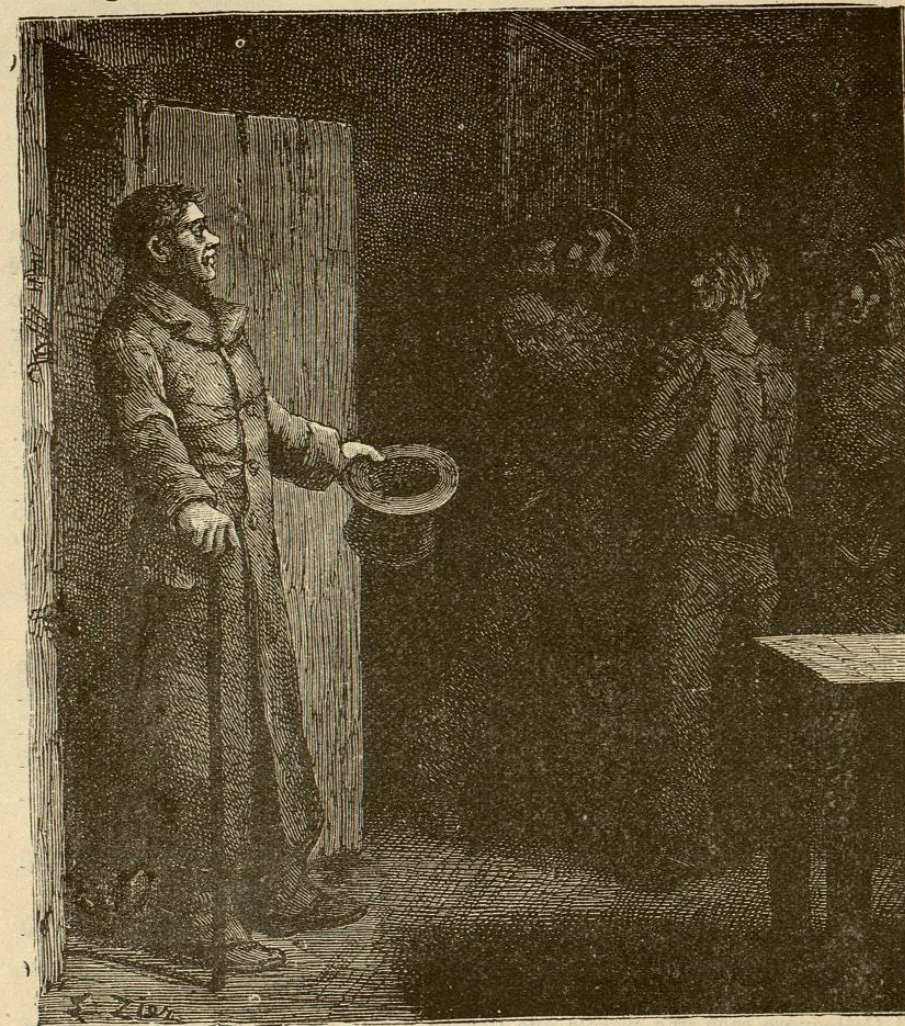
Fué como la voz de zafarrancho en una tripulación. Los bandidos que tenían asido al prisionero le soltaron; en un abrir y cerrar de ojos fué desarrollada la es-

cala por fuera de la ventana, y sujeta á sólidamente al marco con los dos gan- chos de hierro.

El prisionero no fijaba la atención en lo que pasaba en torno suyo. Parecía soñar ó rezar.

Una vez fijada la escala, Thénardier gritó:

—¡Ven, mujer!



Y se precipitó hacia la ventana.

Pero cuando iba á echar la pierna por ella, el Colmenero le cogió bruscamen- te del cuello.

—¡Todavía no, viejo farsante! ¡Después de nosotros!

—Después de nosotros!—aullaron los bandidos.

—Sois unos chiquillos,—dijo Thénardier;—estamos perdiendo el tiempo. Los podencos nos están ya pisando los talones.

—Pues bien,—dijo uno de los bandidos,—echemos á la suerte quién pasará el primero.

Thénardier exclamó:

—¡Estáis locos! ¡Estáis borrachos! ¡Vaya un atajo de mandrias! ¡Perder así el tiempo! Echar á la suerte, ¿no es verdad? ¿Echaremos chinas? ¿Echaremos pajas? ¡Escribiremos nuestros nombres, los pondremos en una gorra...!

—¿Queréis mi sombrero?—gritó una voz desde el mubral de la puerta.

Todos se volvieron: Era Javert.

Tenía el sombrero en la mano, y se lo ofrecía sonriendo.

XXI

Se debería empezar siempre por prender á las víctimas.

Javert, al caer de la noche, había apostado su gente, y él mismo se había emboscado detrás de los árboles de la calle de la Barrera de los Gobelinos, que daba frente al casucho Cuervo por el otro lado del boulevard. Había empezado por abrir "su bolsillo", metiendo en él á las dos muchachas encargadas de vigilar las inmediaciones de la madriguera. Pero sólo había "enjaulado" á Azelma. Eponina no estaba en su puesto; había desaparecido, y no había podido cogerla.

Luego Javert se había puesto en acecho, atento el oído á la señal convenida. Las idas y venidas del coche le habían llamado la atención. Por fin, había acabado por perder la paciencia, y "seguro de que allí había un nido", seguro de estar "de suerte", habiendo conocido á muchos de los bandidos que habían entrado, acabó por decidirse á subir sin esperar el pistoletazo.

Recuérdese que tenía el llavín de Mario.

Había llegado á punto.

Los bandidos asustados se arrojaron sobre las armas, que habían abandonado en el momento de evadirse. En menos de un segundo, aquellos siete hombres espantosos se agruparon en actitud de defensa, uno con su machete, otro con su llave, otro con la barra de hierro, los otros con tenazas, pinzas y martillos. Thénardier cogió su cuchillo; la mujer cogió un enorme adoquín que estaba en el ángulo de la ventana, y que servía á sus hijas de taburete.

Javert volvió á ponerse el sombrero, dió dos pasos por el cuarto con los brazos cruzados, el bastón debajo del brazo y el espadín en la vaina.

—¡Alto ahí!—dijo.—No saldréis por la ventana, sino por la puerta. Es menos peligroso. Sois siete, nosotros somos quince. No nos agarremos como ganapanes. Seamos formales.

El Colmenero sacó una pistola que llevaba oculta bajo la blusa, y la puso en la mano de Thénardier, diciéndole al oído:

—Es Javert. Yo no me atrevo á disparar contra ese hombre. ¿Te atreves tú?

—¡Pardiez!—respondió Thénardier.

—Pues bien; tírale.

Thénardier tomó la pistola y apuntó á Javert.

Javert que se hallaba á tres pasos de él le miró fijamente, y se contentó con decirle:

—¡No tires! El tiro te va á faltar.

Thénardier apretó el gatillo; el tiro faltó en efecto.

—¡Cuando yo te lo decía!—prorrumpió Javert.

El Colmenero arrojó su rompe-cabezas á los pies de Javert, diciéndole:

—¡Eres el rey de los diablos! Me entrego.

—¿Y vosotros?—preguntó Javert á los otros bandidos.

—Nosotros también.

Javert repitió con calma.

—Bien, bueno; ya decía yo que seríais formales.

—Sólo pido una cosa,—añadió el Colmenero,—y es que no se me niegue el tabaco mientras esté guardado.

—Concedido,—dijo Javert.

Y volviéndose y llamando detrás de él, dijo:

—¡Entrad ya!

Una escuadra de municipales sable en mano, y de agentes armados de rompe-cabezas y garrotes, se precipitó en la habitación y ató á los bandidos á la voz de Javert.

Aquella multitud de hombres, apenas iluminados por una vela, llenaba de sombra la madriguera.

—¡Esposas á todos!—gritó Javert.

—¡Acercaos un poco!—rugió una voz, que no era voz de hombre, pero de la que nadie hubiera podido decir: "es voz de mujer".

La Thénardier se había atrincherado en uno de los ángulos de la ventana, y ella era quien acababa de lanzar aquel rugido.

Los municipales y agentes retrocedieron.

Se había quitado el pañuelo, pero conservaba puesto su sombrero; su marido, agachado detrás de ella, desaparecía casi bajo el pañuelo caído; además, ella le cubría con su cuerpo, levantando con ambas manos por cima de su cabeza el adoquín, con el balanceo de un gigante que va á lanzar una roca.

—¡Cuidado!—gritó.

Todos se agolparon hacia el corredor, quedando un gran trecho desierto en medio del desván.

La Thénardier dirigió una mirada á los bandidos que se habían dejado maniatar, y murmuró con acento gutural y ronco:

—¡Cobardes!

Javert sonrió, y se adelantó por el espacio vacío que la mujer llenaba con sus feroces miradas.

—¡No te acerques! ¡Vete,—gritó ella,—ó te aplasto!

—¡Qué buen granadero!—prorrumpió Javert.—Vaya, aunque tengas barbas como un hombre, yo tengo uñas como una mujer.

Y continuó avanzando.

La mujer, desmelenada y terrible, abrió las piernas, dobló el cuerpo hacia atrás, y arrojó el adoquín á la cabeza de Javert con furia loca.

Javert se bajó, la piedra pasó por encima de él, dió en la pared de enfrente, haciendo saltar un gran pedazo de yeso, y volvió repercutiendo de un ángulo á otro al través del desván, vacío por fortuna, á morir á los pies de Javert.

En el mismo instante llegaba Javert junto á la pareja Thénardier. Una de